

Semana Santa 2026



Fuente el Fresno



D.L. CR 162-2026



Saluda del Pregonero



Un año más llega la Semana Santa y me complace compartir con todos vosotros este tiempo de fe y devoción. Son días de encuentros y tradiciones que hablan de la historia de nuestro pueblo. Las calles se llenan de cofrades con sus túnicas, el olor a incienso inunda el ambiente, y las velas iluminan la esencia de nuestra cultura dónde la pasión de Cristo brilla con especial intensidad.

Quiero expresar mi agradecimiento a la Junta de Hermandades y a nuestro párroco Don Miguel por ofrecerme ser el pregonero de esta Semana Santa, lo cual es un orgullo para mí.

Tampoco quiero olvidar el reconocimiento a cada persona que, con entrega silenciosa y corazón generoso, dedica su tiempo y esfuerzo a preparar la liturgia, las procesiones, las charlas y los triduos, haciendo posible que cada celebración se viva con la solemnidad y la profundidad que merece.

Cristo vuelve a salir a nuestro encuentro. No lo busquéis solo en el altar, buscadlo en el vecino que necesita ayuda, en el abrazo al amigo y en la paz de nuestras iglesias. Vivamos estos días desde la reflexión y alcemos nuestras palmas el domingo de ramos y esperemos con alegría la resurrección.

Os invito a participar de todos los actos programados para esta Semana Santa.

Pedro Peinado Navarro.

Saluda del Alcalde

Queridos vecinos y vecinas:

La Semana Santa forma parte de la historia y de la identidad de nuestro pueblo, siendo una expresión de la tradición y de nuestra identidad cultural. Durante estos días, nuestras calles se llenan de gestos, sonidos e imágenes que nos conectan con generaciones pasadas y con una manera muy nuestra de entender no solo la fe, sino también gran parte de nuestros valores, y es que la Semana Santa representa el acto de amor mas grande, la entrega por los demás.

Entre los actos más singulares y emotivos de nuestra Semana Santa destaca el Vía Crucis cantado que se celebra en la noche del Viernes de Dolores y la mañana del Viernes Santo. Se trata de una manifestación profundamente arraigada en nuestro pueblo, reconocible por su sobriedad y por la fuerza, la pasión y devoción que transmite. Cada “sígueme y verás” son una seña identidad y patrimonio inmaterial de nuestro pueblo.

La Semana Santa se expresa también a través del valor artístico y patrimonial de sus imágenes, verdaderas obras de arte, que tenemos muy cerca y que muchas veces no apreciamos lo suficiente, el Cristo de la Piedad, imagen gótica de gran serenidad y fuerza expresiva; la Virgen de la Esperanza, reflejo del carácter y la intensidad de la imaginería andaluza; y el rostro de la Dolorosa, sobrio y recogido, representativo de la escuela castellana; que junto a el resto, conforman un conjunto de gran riqueza artística que ha acompañado a generaciones de vecinos y vecinas.

Desde el Ayuntamiento quiero expresar mi reconocimiento a la Junta de Hermandades, a las cofradías y a todas las personas que, con su dedicación y esfuerzo, hacen posible la celebración de estos actos y el cuidado de un patrimonio que pertenece a todo el pueblo. Independientemente de nuestras creencias, como fuenteros y fuenteras, la Semana Santa es una gran oportunidad para poner en valor nuestra historia e identidad cultural, nuestros valores y sentido de ser.

En nombre de la Corporación Municipal, deseo que estos días se vivan desde el respeto, la responsabilidad y la convivencia, e invito a vecinos y visitantes a compartir y conocer nuestra Semana Santa intensamente, a llenar las calles y a acompañar a las Hermandades en sus estaciones de penitencia.

Abel Gonzalo Prado.

Saluda del Párroco

Queridos vecinos:

Llega la Semana Santa, una semana grande para todos aquellos que tenemos fe porque celebramos el núcleo de ella. Recordamos el gran Misterio de nuestra fe: la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Recordar tiene una etimología relacionada con el corazón: recordar es volver a pasar por el corazón. Esto es así porque para los antiguos griegos y romanos el corazón era la sede rectora que movía la vida; influyendo e interactuando con el pensamiento.

En este sentido os invito a recordar la pasión, muerte y resurrección: llevando a un recuerdo activo en nuestras mentes y corazones. No sea solo una contemplación abstracta de una idea, la admiración estética de unas obras de arte, sino que cada paso que contemplamos y acompañamos durante las procesiones sea una manera de llevar al corazón y dejarnos afectar por este misterio.

Os invito a participar activamente de estos días que seguramente en todos tienen una resonancia a tradición, pueblo y participación. Tres palabras y dimensiones que unidas a la fe deberían ser seña de identidad. Hay tiempo para todo, dice el libro del Eclesiástico; también hay tiempo para recordar el misterio de nuestra salvación.

Por último me gustaría agradecer el trabajo de todos para hacer posible este tiempo de recuerdo y animaros a acompañarnos tanto en la celebración de los Oficios de Semana Santa, de la que emana todo lo demás, como en las procesiones. La participación es el fiel camino que lleva al recuerdo y este quien posibilita que el acto se haga afecto y el afecto se convierta transformación y conversión.

Recibid mi cordial saludo y bendición:

Miguel F. Moraleda

Párroco.

MISAS Y TRIDUOS DE HERMANDADES

- **Triduo a Jesús de Medinaceli:** 4, 5 y 6 de marzo a las 18:30.
- **Triduo a la Virgen de la Esperanza:** 19 y 20 de marzo a las 18:30 y 21 de marzo a las 19:00.
- **Misa a Jesús Descendido de la Cruz:** 22 de marzo a las 12:00.
- **Triduo a la Virgen de los Dolores:** 25, 26 y 27 de marzo a las 18:30.
- **Misa a Jesús Caído:** 28 de marzo a las 19:00.

ACTOS CUARESMALES Y SEMANA SANTA

Viernes 6, 13 y 20 de marzo	Charlas cuaresmales a las 19:30. Al finalizar se ofrecerá un aperitivo fraterno.
27 de marzo. VIERNES DE DOLORES	Santo Vía Crucis a las 20:00 horas.
Sábado 28 de marzo	Recogida de palmas en el guardapasos. Horario: 10:00-13:00 y 16:00-18:00. Pregón de Semana Santa a cargo de D. Pedro Peinado Navarro a las 20:00 horas.
29 de marzo. DOMINGO DE RAMOS	Recogida de palmas: 10:30-11:15. A las 11:30 procesión con ramos y palmas desde la Bandera y posterior Eucaristía.

30 de marzo. LUNES SANTO	A las 20:00, celebración comunitaria del sacramento de la Penitencia.
1 de abril. MIÉRCOLES SANTO	Procesión de la Hermandad de Jesús Caído a las 21:00 horas.
2 de abril. JUEVES SANTO	Eucaristía de la Cena del Señor a las 18:00 horas. A las 20:30, procesión de la Hermandad de Jesús de Medinaceli. A las 21:30, procesión de la Hermandad de la Virgen de la Esperanza. Hora Santa a las 00:00 horas.
3 de abril. VIERNES SANTO	Santo Vía Crucis a las 11:30 Santos Oficios de la Pasión del Señor a las 18:00 horas. Procesión del Santo Entierro a las 20:30 horas. Procesión del Silencio a las 00:00 horas
4 de abril. SÁBADO SANTO	Vigilia Pascual a las 22:00 horas
5 de abril. DOMINGO DE RESURRECCIÓN	Eucaristía a las 11:30. Al finalizar, procesión de Jesús Resucitado y la Virgen de la Esperanza. Encuentro en la Plaza del Carmen.

OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES



Dar de comer al hambriento

Hermanidad Virgen de la Esperanza





Entre las obras de misericordia corporales, dar de comer al hambriento ocupa un lugar central, sencillo y profundamente evangélico. No es una idea abstracta ni un gesto simbólico: es una acción concreta que toca la vida, el cuerpo y la dignidad de las personas.

En la Sagrada Escritura, Dios se revela como Aquel que escucha el clamor de su pueblo y no permanece indiferente ante el hambre. Desde el maná en el desierto hasta el pan compartido en la mesa, el alimento es signo de cuidado, alianza y amor. Jesús mismo multiplica los panes porque *“le dio lástima de la gente”* (cf. Mc 8,2). Antes de enseñar, antes de exigir, Jesús alimenta. Y al final de su vida, en la Última Cena, se entrega como Pan partido para todos. En ese gesto se concentra todo el misterio pascual que celebramos en Semana Santa.

Como cristianos, creemos que el único pan que sacia verdaderamente es Jesucristo hecho Eucaristía. Así como Yahvé envió el maná para que su pueblo no muriera de hambre en el desierto, Cristo se hace pan y vino para que nos hagamos uno con Él al comulgar.

Si para un cristiano es esencial el alimento Eucarístico, no menos importante debe ser el alimento recibido por medio de la Palabra de Dios. Ya lo dijo el mismo Cristo: *“Está escrito: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»”* (Mt 4:4).

Esa misma Eucaristía y esa Palabra Viva es la que nos debe empujar a dar de comer al hambriento. Al hacerlo, no solo ofrecemos alimento material, sino que proclamamos con hechos que nadie es invisible, que nadie sobra y que cada persona tiene un lugar en la mesa de Dios.

En una sociedad donde el desperdicio convive con la necesidad, esta obra de misericordia se vuelve también una denuncia silenciosa y una llamada a la conversión. El hambre no es solo falta de pan:

es soledad, abandono, injusticia. Por eso, quien alimenta al hambriento se convierte en instrumento de Esperanza.

La Semana Santa nos sitúa ante el Cristo que sufre. Lo vemos cansado, despojado, humillado. En Él reconocemos hoy a tantos hermanos que pasan hambre, no solo en tierras lejanas, sino también en nuestras propias calles. Como cristianos, al contemplar al Señor en su Pasión, no podemos separar la devoción de la caridad. La fe que se queda solo en el culto corre el riesgo de vaciarse. La fe auténtica se traduce en amor concreto. Así lo recuerda Jesús con palabras claras: *“Tuve hambre y me disteis de comer”* (Mt 25,35). No dice: me compadecisteis, sino me disteis.

María, la Virgen de la Esperanza, conoce la pobreza del pesebre y la angustia de la cruz. Su esperanza no es ingenua ni cómoda: es una esperanza firme, nacida de la confianza total en Dios. María nos enseña a mirar el dolor sin huir y a responder con ternura y valentía. Cuando la Iglesia actúa para aliviar el hambre en el mundo, lo hace con el corazón de una madre, siguiendo el ejemplo de la Virgen que cuida, sostiene y no abandona.

Dar de comer al hambriento es, por tanto, una manera concreta de hacer presente la Esperanza en medio del sufrimiento. Es decirle al que no tiene pan que Dios no se ha olvidado de él. Es anticipar, aquí y ahora, el Reino que celebramos en la Pascua. No se trata solo de campañas puntuales o gestos extraordinarios, sino de un estilo de vida cristiano que nace de la Eucaristía y vuelve a ella. Del altar a la calle, y de la calle al altar.

Que esta Semana Santa sepamos reconocer a Cristo hambriento en tantos rostros y responder con generosidad. Que nuestra devoción se haga servicio y nuestra fe se haga pan compartido. Porque allí donde alguien es alimentado con Amor, la Esperanza no defrauda.

OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES



Dar de beber al sediento

Hermanidad Virgen de los Dolores





La palabra brotó de los labios de Cristo en la altura del Calvario, cuando el cielo parecía oscurecerse ante el peso del dolor. Fue una súplica breve, humana, desgarradora. Sed del cuerpo herido, sed de alivio en medio del tormento. Pero también sed del amor del hombre, sed de comprensión, sed de almas que acogieran el don infinito que se estaba derramando desde la cruz.

Dar de beber al sediento es una de las obras de misericordia que más claramente nos recuerda nuestra fragilidad. Todos hemos sentido alguna vez la sequedad que oprime la garganta y debilita el cuerpo. Pero existe otra sed más profunda, una sed que no se apaga con agua: la sed de consuelo, de esperanza, de sentido. Es la sed del corazón cuando atraviesa el desierto del sufrimiento.

A los pies de la cruz estaba María. Nuestra Señora de los Dolores contemplaba a su Hijo mientras la espada anunciada por el anciano Simeón atravesaba su alma. Ella escuchó aquel “Tengo sed”. Lo escuchó con oídos de madre y lo guardó en lo más hondo de su corazón. Y aunque sus manos no pudieron ofrecer el agua que calmara la herida física, ofrecieron algo más grande: la fidelidad de su presencia, la fortaleza de su fe, la ternura silenciosa que solo una madre puede dar.

María conocía bien esa sed. La había sentido desde la huida a Egipto, la había intuido en los días de incomprensión, la había aceptado en cada paso del camino hacia el Calvario. Su dolor no fue desesperación, sino entrega. En su mirada dolorosa no había reproche, sino abandono confiado en la voluntad de Dios. Ella no apartó la vista ante el sufrimiento, no huyó del desgarró, no negó la cruz. Permaneció.

Dar de beber al sediento es también permanecer. Es no apartarse del que sufre, aunque no tengamos soluciones inmedia-

tas. Es ofrecer el agua limpia de la compasión cuando otros ofrecen el vinagre de la indiferencia. Es sostener con la mirada, acompañar con el silencio, consolar con la simple cercanía. María, la Dolorosa, nos enseña que hay un modo de saciar la sed que no pasa por las palabras, sino por el amor que no se retira.

En cada lágrima de Nuestra Señora de los Dolores se refleja el sufrimiento de la humanidad. Ella comprende la sed de los que han perdido la esperanza, de los que cargan cruces invisibles, de los que se sienten olvidados. Su corazón traspasado se convierte en fuente para quienes buscan alivio. Porque del dolor ofrecido con fe brota una corriente de misericordia que alcanza a todos.

Cuando Cristo expresó su sed, estaba revelando también la sed de Dios por el hombre. Una sed de amor correspondido, de corazones abiertos, de vidas transformadas. Y María, unida al sacrificio de su Hijo, se convirtió en cauce de esa gracia. En su aceptación humilde, en su fortaleza silenciosa, nos mostró que incluso en el sufrimiento más oscuro puede brotar el agua viva de la redención.

Dar de beber al sediento hoy significa mirar el mundo con los ojos de la Virgen Dolorosa. Significa descubrir la sequedad escondida en tantos rostros aparentemente serenos. Significa acercarse con delicadeza, como quien lleva un cántaro frágil pero lleno de agua fresca. Significa comprender que la verdadera sed del ser humano es la sed de amor.

OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES



Dar posada al peregrino

Hermanidad de Jesús Caído y Santo Sepulcro





“Fui forastero y me acogisteis” (Mt 25,35). En estas palabras de Jesús se encierra una de las llamadas más exigentes y, al mismo tiempo, más humanas del Evangelio. Dar posada al peregrino no es solo una acción concreta, sino una actitud del corazón que nos invita a reconocer en el otro la presencia viva de Cristo.

El peregrino es quien está en camino, quien no tiene seguridades ni un lugar fijo donde descansar. Depende de la hospitalidad ajena y confía en la bondad de quienes encuentra a su paso. Así fue el pueblo de Israel durante su travesía por el desierto, sostenido únicamente por la promesa de Dios. Así fue la Sagrada Familia, que no encontró posada en Belén y tuvo que huir a Egipto buscando protección. Así fue también Jesucristo, que recorrió pueblos y aldeas anunciando el Reino sin tener dónde reclinar la cabeza.

Dar posada al peregrino implica abrir una puerta, pero sobre todo abrir la vida. No se trata únicamente de ofrecer un espacio físico, sino de acoger, escuchar, comprender y acompañar. Es hacer sitio al que llega cansado, al que necesita reposo, al que busca una palabra de consuelo o una mirada que no juzgue. En un mundo marcado por la prisa y la indiferencia, esta obra de misericordia se convierte en un gesto profundamente evangélico.

Durante la Semana Santa contemplamos a Cristo como peregrino del dolor. Camina hacia la cruz rechazado, incomprendido y abandonado, pero sin dejar de amar. Su camino nos interpela y nos enseña que acoger al peregrino es acoger al mismo Señor que sigue saliendo a nuestro encuentro en los márgenes de la vida.

Hoy el peregrino tiene muchos rostros. Es el inmigrante que llega a nuestra tierra buscando un futuro mejor; es el refugiado que huye de la guerra o del hambre; es el enfermo que necesita compañía; es el anciano que sufre soledad; es el joven que busca sentido; es también el hermano que se acerca a la Iglesia con dudas, heridas o desconfianza. Dar posada es saber recibir sin preguntar demasiado, acompañar sin imponer y amar sin condiciones.

Esta obra de misericordia interpela directamente a nuestras comunidades cristianas y a nuestras hermandades. Nos invita a preguntarnos si somos espacios abiertos o cerrados, si acogemos o excluimos, si sabemos escuchar o solo exigir. Dar posada al peregrino es convertir nuestras casas, parroquias y cofradías en lugares donde cualquiera pueda sentirse en casa.

Cuando acogemos al peregrino, algo cambia en nosotros. Descubrimos que no somos dueños, sino servidores; que lo que damos nos enriquece; que en el rostro del otro se refleja el rostro de Cristo. Porque cada vez que abrimos nuestras puertas al que llega, es el Señor quien entra y se queda con nosotros.

OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES



Vestir al desnudo

Hermanidad del Santísimo Cristo de la Piedad





Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (*cf Is 58, 6-7; Hb 13, 3*). La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos. *«Venid, benditos de mi Padre; tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo; **porque estuve hambriento y me disteis de comer, sediento y me disteis de beber, era forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, encarcelado y fuisteis a verme.** Los justos le contarán entonces: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o encarcelado y te fuimos ver? Y el rey les dirá: **Os aseguro que, cuando lo hicisteis con el más insignificante de mis hermanos, conmigo lo hicisteis**».* (Mt 25, 34-40)

Esta obra de misericordia se dirige a paliar otra necesidad básica: *el vestido*. Muchas veces, se nos facilita con las recogidas de ropa que se hacen en Parroquias y otros centros. Aquí, entre nosotros, puede que no encuentres muchos desnudos que vestir. Suelen estar muy lejos. Quizá haya otro tipo de vestiduras que sí debemos poner: la vestidura del honor, del respeto, de la protección. Siempre tendrás que cubrir la desnudez del prójimo con el manto de la caridad; sin caer en la injusticia de desnudar al vestido, y que tan frecuente es.

En esta Semana Santa somos invitados a mirar la cruz con los ojos del corazón. En ella contemplamos a Cristo despojado de todo: de sus vestiduras, de su dignidad ante los hombres, de la seguridad y del consuelo. Jesús, desnudo ante el mundo, se identifica con todos aquellos que hoy siguen siendo despojados: los pobres, los excluidos, los olvidados.

Vestir al desnudo no es solo cubrir un cuerpo, es restaurar una dignidad. Es reconocer en el otro a un hermano. Es ofrecer abrigo al que pasa frío, pero también respeto al humillado, escucha al silenciado y esperanza al que la ha perdido.

Vestir al desnudo también significa aprender a mirar más allá de las apariencias. Hay desnudez que no se ve: la del que ha perdido la fe, la del que carga culpas, la del que se siente solo aun estando rodeado de gente. A todos ellos Cristo se acerca en el camino del Calvario, y a todos nos pide ser presencia que cubra, sane y acompañe sin juzgar.

Durante esta Semana Santa, el Señor nos llama a quitarnos nuestras propias capas de indiferencia, de egoísmo y de comodidad, para revestirnos de misericordia. Así como un manto puede proteger del frío, el amor protege del abandono y la soledad.

La Semana Santa no es solo memoria del dolor, sino escuela de compasión. Cada paso de Jesús hacia la cruz nos enseña que el amor verdadero no se guarda, se entrega. Que *vestir al desnudo* es comprometerse, es dejarse afectar por el sufrimiento ajeno y responder con gestos sencillos pero transformadores, capaces de hacer visible el Reino de Dios aquí y ahora.

Que al acompañar a Cristo en su pasión aprendamos a *vestir al desnudo* con gestos concretos: compartiendo, sirviendo y amando sin condiciones. Porque cada vez que devolvemos dignidad a alguien, también ayudamos a levantar la cruz y a anunciar, con hechos, la resurrección.

OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES



Visitar al enfermo

Hermanidad de Jesús Descendido de la Cruz





Entre las siete obras de misericordia corporales, *visitar al enfermo* ocupa un lugar especialmente delicado y profundo. No se trata solo de un gesto puntual, sino de una actitud del corazón: la de quien se detiene, acompaña y permanece junto al que sufre cuando el dolor, la soledad o la fragilidad parecen pesar más que nunca.

La enfermedad, en cualquiera de sus formas, rompe rutinas, limita fuerzas y, muchas veces, apaga la esperanza. El enfermo no solo padece en su cuerpo; también en su ánimo y en su espíritu. Por eso, la visita se convierte en mucho más que una presencia física: es consuelo, es escucha, es recordar al otro que no está solo y que sigue siendo importante para la comunidad.

Para nuestra Hermandad de **Jesús Descendido de la Cruz**, esta obra de misericordia adquiere un significado muy especial. Contemplamos a Cristo bajado del madero, con el cuerpo herido, agotado, vencido por el sufrimiento humano. En ese cuerpo sin vida reconocemos hoy a tantos enfermos: en el hospital, en sus casas, en residencias, viviendo enfermedades largas o silenciosas, visibles o invisibles. Jesús, descendido y entregado, se hace presente en cada uno de ellos.

Visitar al enfermo es, por tanto, acercarnos al Cristo doliente. No siempre llevamos respuestas, ni soluciones, ni palabras acertadas. Muchas veces basta con estar, con sentarse al lado, con tomar una mano o guardar silencio compartido. En un mundo que huye del dolor y de la debilidad, la misericordia cristiana nos invita a mirar de frente, sin miedo, y a acompañar con ternura.

Esta obra también nos recuerda que la enfermedad no debe vivirse en soledad. Como comunidad parroquial y como hermandad, estamos llamados a crear lazos, a interesarnos sinceramente por quienes atraviesan momentos difíciles, a sostener con la oración y con la cercanía. La visita puede ser breve, sencilla, humilde, pero siempre fecunda cuando nace del amor.

Que María Santísima, que sostuvo en su regazo el cuerpo de su Hijo descendido de la cruz, nos enseñe a sostener hoy a los enfermos con la misma delicadeza y compasión. Y que cada visita que realicemos sea reflejo del amor de Dios, que nunca abandona, especialmente cuando más se le necesita.

Porque en cada enfermo visitado, es Cristo mismo quien nos espera.

OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES



Visitar a los presos

Hermanidad de Jesús de Medinaceli





La Semana Santa es un tiempo que invita a detenerse, a hacer silencio y a mirar la vida con más profundidad. No es solo un conjunto de celebraciones o tradiciones que se repiten cada año, sino una oportunidad para dejar que lo que se conmemora llegue al corazón y se traduzca en gestos concretos. En ese contexto cobran sentido las obras de misericordia, acciones sencillas que muestran una fe viva y comprometida con la realidad de las personas.

Entre esas obras, visitar a los presos es quizá una de las que más cuesta comprender y asumir. A menudo se percibe como algo lejano, reservado a unos pocos, o incluso como una acción difícil de justificar. La realidad de la prisión suele incomodar porque enfrenta con historias duras, con errores graves y con situaciones que preferimos mantener a distancia.

Sin embargo, detrás de cada persona privada de libertad hay una historia concreta. Hay nombres, familias, miedos, culpas y, muchas veces, una profunda sensación de soledad. La cárcel no solo limita el movimiento; también rompe relaciones, apaga proyectos y hace que el tiempo pese de una manera distinta. El silencio, la espera y la falta de esperanza se convierten en parte del día a día.

Jesús también conoció esa experiencia. Fue detenido, juzgado y condenado. Pasó horas de angustia, vivió el abandono de los suyos y experimentó el rechazo de la multitud. No fue comprendido ni defendido. En su arresto y en su soledad, Jesús se acerca de manera especial a todas las personas que hoy viven privadas de libertad.

Por eso, cuando se habla de visitar a los presos, no se está hablando de justificar errores ni de minimizar el daño que se haya podido causar. Tampoco se trata de olvidar a las víctimas, cuyo sufrimiento merece siempre respeto y memoria. Visitar a los presos es reconocer que toda persona conserva su dignidad, incluso cuando ha fallado gravemente.

Esta obra de misericordia recuerda que nadie debería ser reducido únicamente a su peor error. Creer en la posibilidad de cambio, de arrepentimiento y de reconstrucción forma parte del mensaje cristiano. Acompañar a una persona privada de libertad es ofrecerle una

mirada que no condena definitivamente y que deja espacio para la esperanza.

En muchas ocasiones, visitar a los presos no implica atravesar los muros de una prisión. Existen otras formas de encierro menos visibles, pero igualmente dolorosas. Hay personas que viven marcadas por su pasado, señaladas por la sociedad, incapaces de rehacer su vida porque siempre son juzgadas por lo que fueron y no por lo que pueden llegar a ser.

También hay prisiones interiores: la culpa que no se supera, la vergüenza que paraliza, la soledad que pesa. Frente a esas realidades, un gesto sencillo puede marcar la diferencia. Escuchar sin juzgar, acompañar sin reprochar, permanecer cerca cuando otros se alejan son formas muy concretas de vivir esta obra de misericordia.

La Semana Santa recuerda que el amor cristiano no es cómodo ni selectivo. No se dirige solo a quienes resultan agradables o cercanos, sino también a quienes viven en los márgenes. Es un amor que se atreve a entrar en lugares oscuros y a permanecer allí con respeto y humildad.

A veces se piensa que estos gestos son pequeños y que no cambian gran cosa. Sin embargo, para quien se siente olvidado, una visita, una palabra o una oración pueden convertirse en un apoyo fundamental. Saber que alguien se acuerda, que alguien no ha cerrado la puerta del todo, puede devolver fuerza y sentido.

Visitar a los presos es, en el fondo, una forma silenciosa de amar. Un amor que no busca reconocimiento ni aplauso, pero que sostiene. Es elegir no pasar de largo ante el dolor ajeno y aceptar que la misericordia también implica compartir el peso de la fragilidad humana.

En esta Semana Santa, se invita a mirar con un corazón más abierto y a preguntarse de qué manera concreta se puede acompañar a quienes viven privados de libertad, visibles o invisibles. Porque cuando se está cerca de quien sufre, se está también cerca de Cristo, que sigue saliendo al encuentro allí donde la esperanza parece más frágil y más necesaria.

OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES



Enterrar a los difuntos

Hermanidad de Jesús Caído y Santo Sepulcro





Enterrar a los difuntos es una de las obras de misericordia más antiguas y universales. Desde siempre, el ser humano ha sentido la necesidad de despedir con dignidad a sus muertos, de honrar su memoria y de acompañarlos hasta el último momento. Para el cristiano, este gesto tiene un significado aún más profundo: es una expresión de amor, de fe y de esperanza en la resurrección.

La muerte nos enfrenta al misterio y al dolor de la ausencia. Nos recuerda nuestra fragilidad y nos confronta con el límite de la vida. En Semana Santa, la Iglesia contempla este misterio de forma especial al acompañar a Cristo en su pasión y muerte. Vemos a María sosteniendo el cuerpo sin vida de su Hijo, a José de Arimatea y a Nicodemo bajándolo de la cruz, envolviéndolo con respeto y depositándolo en el sepulcro. En esos gestos sencillos se manifiesta una fe silenciosa que no se rinde ante la muerte.

Enterrar a los difuntos es reconocer la dignidad del cuerpo humano, incluso después de la muerte. Es afirmar que la vida no termina en el sepulcro y que cada persona está llamada a la resurrección. El cuerpo que se entrega a la tierra es sembrado en la esperanza de la vida eterna, sostenida por la promesa de Cristo resucitado.

Esta obra de misericordia no se limita al acto del entierro. Incluye también el acompañamiento a las familias, la cercanía al que sufre, el consuelo al que llora. A veces, enterrar a los difuntos significa simplemente estar presente, compartir el silencio, ofrecer una oración o un gesto de apoyo cuando faltan las palabras. Es cargar con la cruz del hermano y no dejarlo solo en el momento más difícil.

En una sociedad que tiende a ocultar la muerte o a vivir el duelo con prisa, esta obra de misericordia nos invita a detenernos. Nos enseña el valor del respeto, del silencio y de la memoria. Nos recuerda que el amor no termina con la muerte y que la comunidad cristiana permanece unida incluso más allá del final de la vida terrena.

Además, enterrar a los difuntos nos ayuda a mirar nuestra propia existencia con mayor profundidad. Nos recuerda que el tiempo es un don, que la vida es frágil y que estamos llamados a vivir con sentido, reconciliados con Dios y con los hermanos. Cada despedida nos invita a amar mejor mientras estamos a tiempo.

Celebrar esta obra de misericordia en Semana Santa es proclamar que el sepulcro no tiene la última palabra. Es confesar que, tras el silencio del Sábado Santo, llega la luz de la Resurrección. Porque enterrar a los difuntos no es un acto de derrota, sino una afirmación de esperanza en Cristo, que murió, fue sepultado y resucitó para darnos vida eterna.

